

R U T A S E P E T Y S

Entre
tonos
de
gris

Traducción:

ISABEL GONZÁLEZ-GALLARZA



MAEVA

¿Se han preguntado alguna vez cuánto vale una vida humana? Aquella mañana, el precio de la vida de mi hermano fue un reloj de bolsillo.

En 1941, Lina tiene quince años y se está preparando para ingresar en una escuela de arte; le esperan sus primeras citas y todo lo que el verano tiene que ofrecer a una muchacha de su edad. Pero, una noche, la policía secreta soviética irrumpe violentamente en su casa para deportarla a ella, a su madre y a su hermano pequeño. Su destino: Siberia. Antes se llevaron también a su padre, separándolo de su familia. Está en un campo de prisioneros, condenado a muerte. Todo está perdido.

Lina lucha por sobrevivir, sin miedo, y se promete a sí misma que si lo logra, honrará la memoria de su familia, y la de miles de familias como la suya: plasmará su experiencia por escrito en un diario y en sus dibujos. Aunque podría costarle la vida, se afana en hacerle llegar a su padre, al campo donde está prisionero, mensajes con mapas y dibujos para que sepa que siguen vivos.

El suyo es un viaje largo y agotador, y si Lina y su familia logran sobrevivir cada día es solo gracias a unas increíbles ganas de vivir, al amor que los une y a la esperanza que los anima. Pero ¿bastará el amor para mantenerlos con vida?

Entre sombras grises es una fascinante novela que cautivará y conmoverá al lector, revelándole la milagrosa naturaleza del ser humano.

Ruta Sepetys, hija de un refugiado lituano, nació en Michigan, Estados Unidos. Las naciones de Lituania, Letonia y Estonia desaparecieron de los mapas en 1941, y no volvieron a figurar en ellos hasta 1990. Como esta es una historia desconocida para muchos, Ruta Sepetys ha querido dar voz a los cientos de miles de personas que perdieron sus vidas en la limpieza étnica que llevó a cabo Stalin en la región báltica. En la actualidad, Ruta vive con su familia en Tennessee. *Entre sombras grises* es su primera novela.

El lector puede visitar la página web de la autora:
www.rutasepetys.com



EL VIAJE



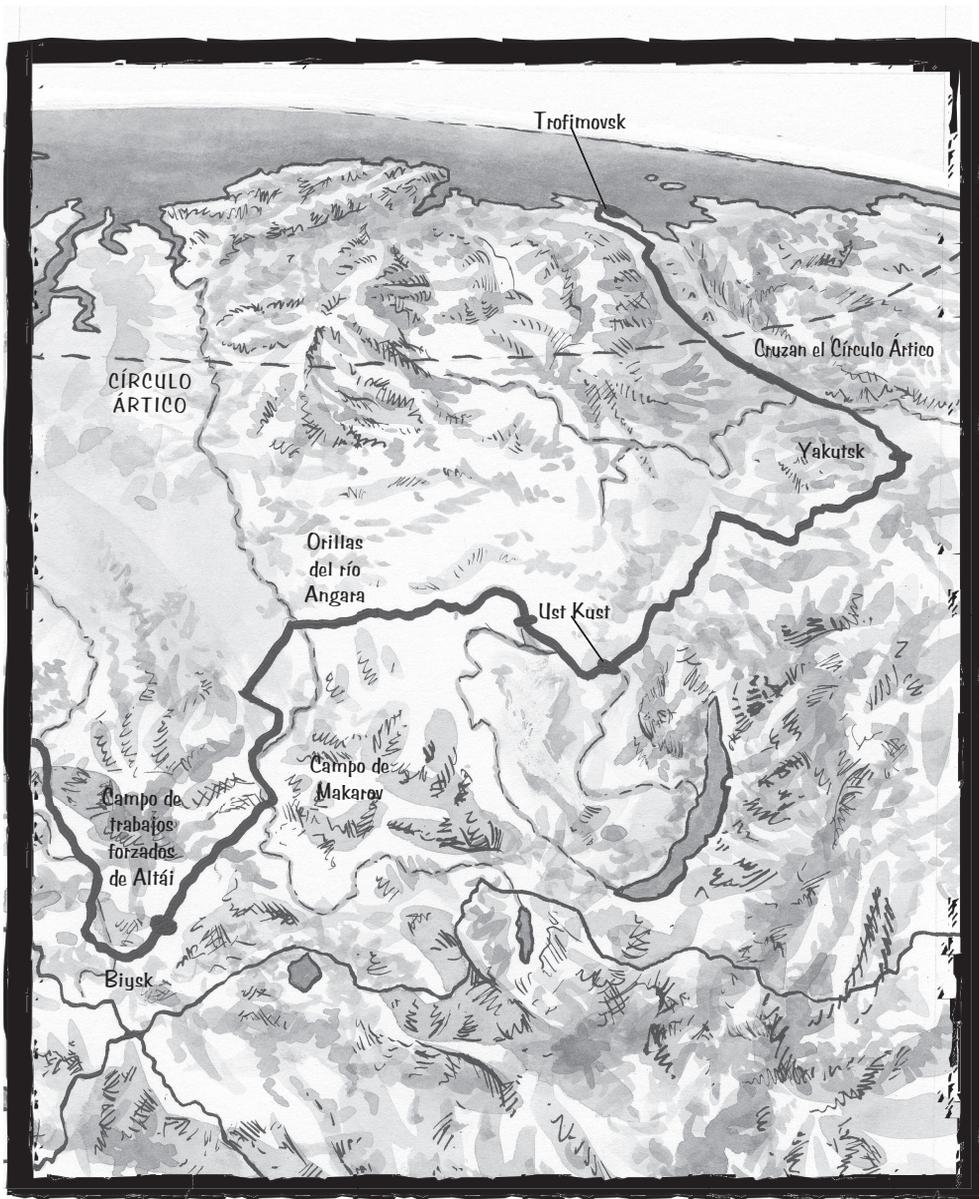
La autora pretende con este mapa dar una idea de la enorme distancia que recorrieron Lina y su familia, no representar fielmente todas las fronteras entre los diferentes países.



Día 1 Kaunas, Lituania
Día 3 Vilnius, Lituania
Día 4 Minsk, Bielorrusia
Día 5 Orsha, Bielorrusia

Día 6 Smolensk, Rusia
Día 21 Cruzan la cordillera de los Urales
Día 30 Omsk, Siberia
Día 42 Campo de trabajos forzados de Altái

CRONOLOGÍA DEL VIAJE



Día 306 Campo de trabajos forzados de Altái
 Día 313 Biysk, Siberia
 Día 319 Campo de Makarov
 Día 320 Orillas del río Angara

Día 350 Ust Kust, Siberia
 Día 380 Yakutsk, Siberia
 Día 410 Cruzan el Círculo Ártico
 Día 440 Trofimovsk, Polo Norte

La intención de este mapa es indicar la enorme distancia que recorrieron Lina y su familia, no representar fielmente todos los lugares.

Ladrones y
prostitutas



Me sacaron de casa en camisón.

Si echo la vista atrás, me doy cuenta de que todas las señales de lo que iba a ocurrir estaban ahí: las fotos de familia ardiendo en la chimenea, mi madre cosiendo por las noches la plata y sus mejores joyas en el forro de su abrigo, y papá que no volvió del trabajo. Mi hermano pequeño, Jonas, hacía preguntas. Yo también, pero quizá no quise atar cabos sobre lo que significaban todas esas señales. Solo más tarde comprendí que mi madre y mi padre querían que escapáramos. Pero no lo hicimos.

Vinieron por nosotros y nos sacaron de casa.

14 de junio de 1941. Me había puesto el camisón y me había sentado a mi mesa para escribirle una carta a mi prima Joana. Abrí un nuevo bloc de papel de cartas color marfil y un plumier con lápices y plumas, regalo de mi tía por mi decimoquinto cumpleaños. La brisa de la tarde se colaba por la ventana abierta, sobre mi escritorio, haciendo ondear las cortinas. Hasta mí llegaba el aroma de las lilas que mi madre y yo habíamos plantado dos años antes. *Querida Joana.*

No fueron unos suaves golpecitos en la puerta lo que oí, sino un estruendo que me sobresaltó. Alguien aporreaba la puerta principal. En la casa nadie se movió. Me levanté de la mesa y fui al pasillo a espiar lo que ocurría. Mi madre estaba de pie, con la espalda apoyada en la pared de la que colgaba enmarcado nuestro mapa de Lituania, con los ojos cerrados y los rasgos tensos. En su rostro se leía una angustia que nunca le había visto antes. Estaba rezando.

—Madre —dijo Jonas. Miraba desde una rendija de la puerta de su cuarto, por lo que solo se le veía un ojo—, ¿no vas a abrir? Suena como si fueran a echar la puerta abajo.

Mi madre volvió la cabeza y nos vio a Jonas y a mí espiando desde nuestras habitaciones. Se esforzó por sonreír.

—Sí, cariño, claro que voy a abrir. No voy a dejar que nadie derribe nuestra puerta.

Los tacones de sus zapatos repiquetearon sobre el entarimado del pasillo, y su falda larga y fina ondeó entre sus tobillos. Mi madre era elegante y bonita, bueno, despampanante incluso, con una gran sonrisa que le levantaba el ánimo a cualquiera. Yo tenía la suerte de haber heredado su cabello color miel y sus brillantes ojos azules. Y Jonas tenía su sonrisa.

Retumbaron unas voces en el vestíbulo.

—¡El NKVD! —murmuró Jonas, palideciendo—. Tadas me dijo que se llevaron a sus vecinos en un camión. Están deteniendo a gente.

—No. Aquí no —le contesté yo. La policía secreta soviética no tenía nada que hacer en nuestra casa. Me acerqué por el pasillo para escuchar mejor y espíe desde la esquina. Jonas tenía razón. Tres agentes del NKVD habían rodeado a nuestra madre. Llevaban gorras azules con un ribete rojo y una estrella dorada encima. Un agente de gran envergadura sostenía nuestros pasaportes en la mano.

—Necesitamos más tiempo. Estaremos listos por la mañana —dijo mi madre.

—Veinte minutos o no viviréis hasta mañana —replicó el agente.

—Por favor, baje la voz. Tengo hijos —susurró mi madre.

—Veinte minutos —ladró el agente. Arrojó la colilla encendida al limpio suelo de nuestro salón y la aplastó con la bota.

Estábamos a punto de convertirnos en colillas nosotros también.

2

¿Nos habían detenido? ¿Dónde estaba papá? Corrí a mi habitación. De repente, había aparecido sobre el alféizar una barra de pan y, debajo, un grueso fajo de rublos. Mi madre se asomó por la puerta, con Jonas pisándole los talones.

—Pero mamá, ¿adónde vamos? ¿Qué hemos hecho? —preguntó mi hermano.

—Es un malentendido. Lina, ¿me estás escuchando? Tenemos que darnos prisa y preparar, para llevarnos, todo lo que pueda sernos útil, aunque no sean cosas a las que tengamos mucho aprecio. ¿Entiendes? ¡Lina! Ropa y zapatos, esa tiene que ser nuestra prioridad. Intenta meter todo lo que puedas en una maleta. —Mi madre miró hacia la ventana y, rápidamente, cogió el pan y el dinero, los dejó sobre mi mesa y cerró las cortinas—. Prometédme que si alguien intenta ayudaros, no haréis caso. Resolveremos esto nosotros solos. No debemos meter en este lío ni a la familia ni a los amigos, ¿me entendéis? Aunque os llamen, no debéis responder.

—¿Nos han detenido? —preguntó Jonas.

—¡Prometédmelo!

—Te lo prometo —dijo Jonas bajito—. Pero ¿dónde está papá? Mi madre calló, parpadeando deprisa.

—Se reunirá con nosotros. Tenemos veinte minutos. Preparad vuestras cosas. ¡Ahora!

Toda mi habitación empezó a dar vueltas. La voz de mi madre resonaba en mi cabeza. «¡Ahora! ¡Ahora!» ¿Qué estaba pasando? Me despabilé cuando oí a mi hermano Jonas, que tenía diez años, revolviéndolo todo en su habitación. Saqué la maleta del armario y la abrí sobre la cama.

Hacia un año exactamente, los soviéticos habían empezado a desplazar tropas desde las fronteras hacia el interior. Después, en agosto, Lituania había sido anexionada de manera oficial a la Unión Soviética. Una noche que protesté durante la cena por la nueva situación, papá me gritó y me advirtió que nunca dijera nada negativo sobre los soviéticos. Me mandó castigada a mi habitación. Desde entonces, no volví a decir nada en voz alta, pero lo pensaba a menudo.

—¡Zapatos, Jonas, varios pares de calcetines, un abrigo! —oí gritar a mi madre por el pasillo. Cogí la fotografía de familia de la estantería, con su marco de oro, y la coloqué en el fondo de la maleta vacía. Los rostros me miraban, felices, ajenos a lo que estaba ocurriendo. Era una foto de Pascua de hacía dos años. La abuela aún vivía. Si de verdad íbamos a ir a la cárcel, quería llevármela conmigo. Pero no podía ser cierto que nos fueran a meter en la cárcel. No habíamos hecho nada malo.

Por toda la casa se oían ruidos de puertas y cajones abriéndose y cerrándose.

—Lina —dijo mi madre entrando en mi cuarto como un vendaval, con los brazos llenos de cosas—. ¡Date prisa! —Abrió de par en par mi armario y todos los cajones, y se puso a meter cosas y más cosas en mi maleta, como si se hubiera vuelto loca.

—Mamá, no encuentro mi cuaderno de dibujo. ¿Dónde está? —pregunté muy nerviosa.

—No lo sé. Ya compraremos otro. Guarda tu ropa. ¡Date prisa!

Jonas entró corriendo en mi habitación. Llevaba el uniforme del colegio, con su corbatita, y aferraba su cartera escolar. Se había peinado y todo, con raya a un lado.

—Estoy listo, mamá —dijo. Le temblaba la voz.

—¡N-no! —tartamudeó mi madre al ver a Jonas vestido para ir al colegio. Dejó escapar un suspiro y bajó la voz—. No, tesoro, lo que tienes que preparar es tu maleta. Ven conmigo. —Lo cogió del brazo y corrió con él hasta su habitación—. Lina, mete zapatos y calcetines. ¡Date prisa! —Me lanzó mi gabardina de verano y me la puse.

También me calcé las sandalias y elegí un par de libros, unos cuantos lazos para el pelo y mi cepillo. ¿Dónde estaba mi cuaderno de dibujo? Cogí de mi mesa el papel de cartas, el plumier con las plumas y los lapiceros y el fajo de rublos y los coloqué sobre el montón de cosas que habíamos metido en mi maleta. Cerré las correas de cuero y salí corriendo de la habitación. Las cortinas ondeaban, acariciando la tierna barra de pan que seguía aún sobre mi mesa.

Vi mi reflejo en la puerta acristalada de la panadería y me detuve un momento. Tenía una manchita de pintura verde en la barbilla. Me la quité con la uña y abrí la puerta. Al hacerlo, se oyó una campanilla. Hacía calor en la tienda, y olía a levadura.

—Lina, cuánto me alegro de verte. —La dependienta se precipitó al mostrador para atenderme—. ¿En qué puedo ayudarte?

¿Acaso nos conocíamos?

—Lo siento, no...

—Mi marido da clase en la universidad. Trabaja para tu padre —me dijo—. Te he visto por la ciudad con tus padres.

Yo asentí.

—Me manda mi madre a comprar una barra de pan —le dije.

—Claro —indicó la mujer, agachándose detrás del mostrador. Envolvió una gran barra de pan en papel de estraza y me la tendió. Cuando le di el dinero, negó con la cabeza.

—Por favor —susurró—, nunca podremos devolveros lo que habéis hecho por nosotros.

—No la entiendo. —Volví a tenderle las monedas, pero ella hizo como si no las viera.

Se oyó de nuevo la campanilla de la puerta, y alguien entró en la tienda.

—Da recuerdos a tus padres de nuestra parte —dijo la mujer, y fue a atender al otro cliente.

Esa misma noche le pregunté a papá por el pan.

—Ha sido un gesto muy amable por su parte, pero innecesario —me explicó.

—Pero ¿qué has hecho? —le pregunté.

—Nada, Lina. ¿Has terminado los deberes?

—Pero tienes que haber hecho algo para merecer pan gratis —insistí.

—No merezco nada. Lina, hay que hacer lo correcto, sin esperar gratitud ni recompensa alguna. Y ahora vete a hacer los deberes.



Mi madre preparó una maleta igual de grande para Jonas. Le hacía parecer aún más pequeño y delgado en comparación, y necesitaba las dos manos para cargar con ella. Para levantarla del suelo tuvo que arquear la espalda hacia atrás. No se quejó del peso ni nos pidió ayuda a ninguna de las dos.

Por toda la casa retumbaba, de vez en cuando, el sonido de porcelana y cristal haciéndose añicos. Encontramos a nuestra madre en el salón, estrellando contra el suelo sus mejores vajillas y cristalerías. Tenía la cara brillante de sudor, y le caían mechones de cabello dorado sobre los ojos.

—¡Mamá, no! —exclamó Jonas, corriendo hacia el montón de añicos que cubría el suelo. Lo retuve a tiempo antes de que tocara los cristales rotos.

—Mamá ¿por qué estás rompiendo todas esas cosas tan bonitas? —le pregunté.

Se detuvo y se quedó mirando la tacita de porcelana que tenía en la mano.

—Porque les tengo mucho cariño. —Arrojó la taza al suelo y no esperó siquiera a verla romperse antes de arrojar la siguiente.

Jonas se puso a llorar.

—No llores, mi vida. Compraremos otras mucho más bonitas.

La puerta se abrió de golpe y entraron tres agentes del NKVD con fusiles rematados por bayonetas.

—¿Qué ha pasado aquí? —quiso saber un agente alto, mirando el desastre a su alrededor.

—Ha sido un accidente —contestó mi madre muy tranquila.

—Han destruido propiedad soviética —bramó el agente.

Jonas se acercó la maleta un poco más, temeroso de que pudiera convertirse esta también en propiedad soviética de un momento a otro.

Mi madre se miró en el espejo del vestíbulo para arreglarse el pelo y se puso el sombrero. El agente del NKVD la golpeó en el hombro con la culata de su fusil, empujándola de bruces contra el espejo.

—Cerdos burgueses, siempre perdiendo el tiempo. No vas a necesitar ese sombrero. —Se burló.

Mi madre se incorporó y se puso muy tiesa, y luego se alisó los pliegues de la falda y se ajustó el sombrero sobre la cabeza.

—Discúlpeme —le dijo con voz rotunda, antes de ponerse en el pelo su pasador de perlas y de colocarse los rizos debajo del sombrero.

¿*Discúlpeme?* ¿De verdad fue eso lo que dijo? Esos hombres irrumpieron de noche en nuestra casa, la empujaron contra el espejo ¿y ella les pidió que *la* disculparan? Luego cogió su largo abrigo gris, y de pronto comprendí. Se estaba comportando con los agentes soviéticos con mucho tiento porque no sabía lo que podría ocurrir a continuación. Entonces la volví a ver en mi cabeza, ocultando joyas, documentos, plata y otros objetos de valor dentro del forro del abrigo.

—Tengo que ir al cuarto de baño —anuncié, en un intento por desviar la atención de los agentes de mi madre y de su abrigo.

—Tienes treinta segundos.

Cerré la puerta del cuarto de baño y sorprendí el reflejo de mi rostro en el espejo. Entonces no tenía ni idea de lo deprisa que

iba a cambiar, de lo poco que tardarían mis rasgos en desdibujarse. De haberlo sabido, me habría quedado mirando fijamente mi reflejo, para aprendérmelo de memoria. Era la última vez que me miraría a un espejo de verdad durante más de una década.

4

La luz de las farolas estaba apagada. La oscuridad era casi total. Los agentes marchaban detrás de nosotros, obligándonos a acompasar nuestro paso al suyo. Vi a la señora Raskunas mirar por la ventana, ocultándose detrás de las cortinas. En cuanto se dio cuenta de que la había visto, desapareció. Mi madre me pellizcó el brazo, lo que significaba que no debía levantar la vista del suelo. A Jonas le costaba cargar con su maleta, pesaba tanto que le golpeaba las piernas.

—*Davai!* —ordenó uno de los policías. Deprisa, siempre deprisa.

Seguimos andando hasta la esquina, hacia una gran masa oscura. Era un camión, rodeado de más agentes del NKVD. Al acercarnos a la trasera del vehículo vi que ya había gente dentro, sentada sobre su equipaje.

—Aúpame tú antes de que lo hagan ellos —me susurró mi madre rápidamente, pues no quería que ningún agente le tocara el abrigo. Hice lo que me pedía. Los agentes levantaron a Jonas en volandas para meterlo en el camión. Cayó de bruces y sobre él tiraron su maleta. Yo conseguí subir sin caerme, pero cuando me incorporé, una mujer me miró y se llevó una mano a la boca.

—Lina, cariño, abróchate el abrigo —me ordenó mi madre. Bajé la vista y descubrí mi camión de flores. Con las prisas y

mi empeño por encontrar mi cuaderno de dibujo se me había olvidado cambiarme de ropa. También vi a una mujer alta y delgada, con la nariz puntiaguda, que miraba a Jonas. La señorita Grybas. Era una profesora del colegio, solterona, una de las más severas. También reconocí a otras personas más: la bibliotecaria, el dueño de un hotel cercano y varios hombres con los que había visto a papá hablar en la calle.

Todos estábamos en la lista. No sé qué lista era esa, solo que estábamos en ella. Y, aparentemente, también lo estaban las otras quince personas reunidas en el camión con nosotros. La puerta trasera se cerró. Un hombre calvo, sentado delante de mí, empezó a gemir bajito.

—Vamos a morir todos —dijo—. Moriremos todos, seguro.

—¡Tonterías! —se apresuró a replicar mi madre.

—No, no son tonterías. Moriremos todos —insistió—. Esto es el fin.

El camión se puso en marcha, tan deprisa que la sacudida tiró a la gente al suelo. De pronto, el calvo se puso de pie, se encaramó a la puerta trasera del vehículo y saltó a la calle. Se estrelló contra el suelo, dejando escapar un rugido de dolor como un animal atrapado en una trampa. En el camión, algunos gritaron. Los neumáticos rechinaron cuando el motor se paró, y unos agentes saltaron a tierra. Abrieron la trasera del camión, y vi al hombre, que se retorció de dolor en el suelo. Lo levantaron y arrojaron su cuerpo maltrecho al camión. Tenía una pierna destrozada. Jonas escondió la cara en la manga del abrigo de mi madre. Le cogí la mano, mi hermano estaba temblando. Yo veía borroso. Cerré los párpados con fuerza y luego volví a abrirlos. El camión dio otra sacudida hacia delante al ponerse en marcha.

—¡NO! —gritó el hombre, sujetándose la pierna.

El vehículo se detuvo delante del hospital. Todo el mundo pareció aliviado al pensar que los agentes atenderían al calvo y le curarían sus heridas. Pero no fue así. Estaban esperando. Una mujer que también figuraba en la lista estaba dando a luz. En

cuanto cortaran el cordón umbilical, arrojarían a la madre y al bebé dentro del camión.



Pasaron casi cuatro horas. Estábamos sentados a oscuras, delante del hospital, y no nos dejaban bajar del vehículo. Pasaron otros camiones, algunos con gente tapada por unas grandes lonas.

Las calles empezaron a llenarse de actividad.

—Nos han recogido temprano —le comentó un hombre a mi madre. Luego consultó su reloj—. Ya son casi las tres de la madrugada.

El calvo, tendido de espaldas, volvió la cabeza hacia Jonas.

—Chico, tápame la boca y la nariz con las manos, y no las apartes pase lo que pase.

—No va a hacer nada de eso —contestó mi madre, atrayendo a Jonas hacia sí.

—Estúpida ¿es que no se da cuenta de que esto es solo el principio? Ahora tenemos la oportunidad de morir con dignidad.

—¡Elena! —Se oyó una voz muy tenue en la oscuridad. Vi a Regina, la prima de mi madre, ocultándose entre las sombras.

—¿Siente algo de alivio ahora que está tendido? —le preguntó mamá al calvo.

—¡Elena! —Volvió a oírse la voz, esta vez algo más fuerte.

—Mamá, creo que te están llamando —susurré, vigilando de reojo al agente del NKVD, que estaba fumando al otro lado del camión.

—No me está llamando nadie, será una loca, nada más —dijo mi madre en voz alta—. Váyase y déjenos tranquilos —gritó.

—Pero Elena, soy...

Mi madre volvió la cabeza y fingió estar enfrascada en una conversación conmigo, haciendo caso omiso de su prima. Un pequeño paquete rebotó sobre el suelo del camión, junto al calvo, que alargó la mano con avidez para cogerlo.

—¿Y me habla usted de dignidad, señor? —le objetó mi madre, arrebatándole el paquete y poniéndoselo debajo de las piernas. Me pregunté qué contendría. ¿Cómo podía mi madre decir que su prima era «una loca»? Regina se había arriesgado mucho para encontrarla.

—¿Es usted la esposa de Kostas Vilkas, el rector de la universidad? —le preguntó a mi madre un hombre trajeado que estaba sentado cerca de nosotros, en el suelo. Mi madre asintió, retorciéndose las manos.

Observé a mi madre retorcerse las manos.

En el salón se alternaban murmullos y silencios. Los hombres llevaban horas allí sentados.

—Cariño, llévalas la cafetera con el café recién hecho —me pidió mi madre.

Avancé hasta la puerta del salón. Sobre la mesa flotaba una nube de humo de cigarrillos; cautiva de las ventanas cerradas y las cortinas, no podía disiparse.

—Repatriarlos, si es que es posible —dijo mi padre, pero calló de pronto al verme en el umbral.

—¿Alguien quiere un poco más de café? —pregunté, blandiendo la cafetera de plata.

Algunos hombres bajaron la vista, y uno de ellos carraspeó.

—Lina, ya casi eres una mujercita —comentó un amigo de mi padre de la universidad—. Y tengo entendido que eres una artista de mucho talento.

—¡Y tanto que sí! —confirmó papá—. Tiene un estilo único. Y es excepcionalmente inteligente —añadió, guiñándome un ojo.

—Entonces ha salido a su madre —bromeó uno de los hombres, y todos los demás se rieron.

—Dime una cosa, Lina —dijo el hombre que escribía en el periódico—, ¿qué te parece esta nueva Lituania?

—Bueno —se apresuró a interrumpirlo mi padre—, ese no es tema de conversación para una chica joven, ¿no crees?

—Pronto será tema de conversación para cualquiera, Kostas, joven o viejo —contestó el periodista—. Además —añadió, sonriendo—, tampoco es que vaya a publicarlo en el periódico.

Papá se revolvió nervioso en su silla.

—¿Que qué pienso de la anexión soviética? —Callé un momento, evitando la mirada de mi padre—. Pues pienso que Josef Stalin es un bravucón. Creo que deberíamos echar a sus tropas de Lituania. No deberíamos permitir que vengan y se lleven lo que les da la gana y...

—Ya basta, Lina. Deja la cafetera y vete a la cocina con tu madre.

—¡Pero es que es verdad! —insistí—. ¡No está bien!

—¡Ya basta, he dicho! —replicó mi padre.

Volví a la cocina, pero me detuve a mitad de camino para espiar la conversación.

—Tú no la animes, Vladas. Esta niña es tan cabezota que me tiene muerto de preocupación —dijo papá.

—Bueno —contestó el periodista—, ahora vemos que también ha salido a su padre, ¿verdad? Tienes una verdadera rebelde en casa, Kostas.

Papá no dijo nada más. La reunión terminó y los hombres salieron de casa, pero no todos a la vez. Algunos lo hicieron por la puerta principal, y otros se escabulleron por la trasera.

—¿La universidad? —preguntó el calvo, con una mueca de dolor—. Ah, sí, entonces a él hace tiempo que se lo llevaron.

Se me encogió el estómago como si alguien me hubiera dado un puñetazo. Jonas se volvió hacia mi madre, con una expresión de desesperación.

—Mira, trabajo en un banco, y casualmente he visto a tu padre esta misma tarde —comentó un hombre, sonriendo a Jonas.

Yo sabía que estaba mintiendo. Mi madre le hizo un gesto de agradecimiento.

—Entonces debió de verlo cuando iba camino de la tumba —dijo el calvo con un ademán hosco.

Le lancé una mirada asesina, preguntándome cuánto pegamento haría falta para pegarle la boca y que no pudiera abrirla más.

—Yo soy coleccionista de sellos. Un simple coleccionista de sellos, y me van a matar solo porque me carteo con otros coleccionistas de todo el mundo. Un tipo que trabaja en la universidad seguro que está el primero de la lista para...

—¡Cállese! —le espeté.

—¡Lina! —me reprendió mi madre—. Debes disculparte inmediatamente. Este pobre señor sufre un dolor terrible; no sabe lo que dice.

—Sé perfectamente lo que digo —replicó el hombre, mirándome fijamente.

En ese momento se abrieron las puertas del hospital y un grito tremendo salió desde el interior. Un agente del NKVD arrastraba escalinata abajo a una mujer descalza vestida con un camisón de hospital manchado de sangre.

—¡Mi bebé! ¡Por favor, no hagan daño a mi bebé! —gritó la mujer.

Detrás de ellos salió otro agente, llevando en los brazos un bulto envuelto en un arrullo. Acudió corriendo un médico, y agarró al policía del brazo.

—Por favor, no puede llevarse al recién nacido. ¡No sobrevivirá! —gritó el doctor—. Señor, se lo ruego. ¡Se lo pido por favor!

El agente se volvió hacia el médico y le propinó una patada en la rodilla.

Subieron a la mujer al camión. Mi madre y la señorita Grybas se desplazaron hacia un lado para hacerle sitio y la tendieron junto al calvo. Los agentes nos pasaron también al bebé.

—Lina, por favor —me dijo mi madre, entregándome al bebé color rosa. Lo sostuve entre mis brazos y enseguida sentí el calor de su cuerpecito a través de la tela de mi gabardina.

—¡Oh, Dios, por favor, mi bebé! —exclamó la mujer, levantando la vista hacia mí.

El niño dejó escapar un tenue sollozo y agitó sus puñitos en el aire. Su lucha por la vida acababa de empezar.



El hombre que trabajaba en el banco le dio a mi madre su chaqueta. Esta se la puso a la mujer por los hombros y le apartó el pelo de la cara.

—Tranquila, querida —le dijo mi madre a la mujer joven.

—Vitas. Se llevaron a mi marido, Vitas —susurró con un hilo de voz.

Bajé la vista a la carita rosa del bebé, envuelto en un arrullo. Un recién nacido. Ese niño solo llevaba unos minutos en el mundo, y ya los soviéticos lo consideraban un criminal. Abracé al bebé, acercándolo más a mí, y lo besé en la frente. Jonas se apoyó contra mí. Si le hacían esto a un bebé ¿qué nos harían a nosotros?

—¿Cómo te llamas, querida? —le preguntó mamá a la madre del niño.

—Ona. —La mujer giró el cuello—. ¿Dónde está mi hijo?

Mi madre me cogió al bebé y se lo colocó a la mujer en el pecho.

—Oh, mi niño. Mi lindo bebé —lloró la madre, besando al niño. El camión se puso en marcha con una sacudida. La mujer miró a mi madre con ojos suplicantes.

—¡Mi pierna! —se quejó el calvo.